POESIA EN LINEA

SOBRE UN LIBRO DE GREGORIO PRIETO

POR

CARLOS EDMUNDO DE ORY

PRESENTACIÓN.

EDICIONES Orbe» lanza, como número uno de su colección, el libro de Gregorio Prieto, sobradamente conocido por el público español aficionado a cosas de arte y de poesía. Este libro fué publicado por primera vez en la colección «Adonais», número LII de la serie, habiendo sido agotado. Es un libro de poeta, pues; un libro de poeta *honoris causa*. Se trata especialmente de un homenaje al pintor de los homenajes, que vuelve a su patria después de una larga ausencia, y cuya obra y vida misma están, como es ya sabido, muy estrechamente vinculadas, por hilos directos, al plano eterno y español de la poesía. No es ésta la primera ocasión que se encuentra para incluir a este artista en la lírica, puesto que Manuel Altolaguirre publicó en París, hace años, formando parte de sus cuadernos poéticos, uno de dibujos casi semejante a este de que hoy tratamos. Creemos ya que POESÍA EN LÍNEA es un libro de éxito, pues no sólo la crítica y los poetas lo ensalzaron con unánime criterio, sino que, como vemos, acaba de ser vuelto a publicar por una nueva editorial, que parece querer comenzar su inteligente empresa con una obra de tales méritos denunciados, como decimos, por los cuantiosos admiradores del magnífico dibujante. Vamos a considerar en seguida los aspectos y claves positivos de la obra dibujística de Prieto, en relación al universo poético con que tan espiritualmente liga. Sin embargo, debemos antes insistir en la presentación preliminar a la

fiesta de los ojos que sucede en el libro de páginas sonoras (en los versos) y rítmicas (en los dibujos). Se trata de una cuadriga de ángeles portavoces que con sus trompetas, címbalos y violoncelos proclaman y conjuran el ánima de esos sonidos lineales, hermanados en este sentido con la diáfana voz del verso.

Una pulquérrima carta-prólogo de Vicente Aleixandre enmarca el libro. En esta impaciente estrofa o epístola casi sagrada se describe armoniosamente, de un modo hiperbóreo, entre religioso y pítico, el mito de los dibujos, desde el punto de vista, sobre todo, del amor; sobre todo, de la belleza. Una prosa mirífica, irreal, acompasa, bajo una visible y honda sugerencia, la obra alada del dibujante con el pensamiento, compenetrado en el mismo vuelo, del poeta. Aquí, en este tajante texto, se dice todo, se da cuenta de esa misteriosa dimensión poética (que luego descubriremos a nuestro parecer), interpretativa y a veces abstracta, que se descubre en figuras, paisajes, manos, cabellos, ojos, acoplamientos místicos, jardines estelares y demás sueños heroicos de la tinta de Gregorio. Pero el secreto último de esa prosa es el de erigir, líricamente confeccionado, el apoteosis del homenaje, hecho al amigo esencial de los cantores. En seguida, después de esa marea sola en su agitación, aislada en su altura, dan principio las voces auténticas como olas ya remansadas en su orilla de nostalgia poética provocadas por los mismos dibujos. Cantan cinco voces jóvenes. Un poema vivo, de Ricardo Molina, abre el canto, y su dulce modulación semeja un murmullo advertido entre la fronda encantada de las concepciones imaginarias de Gregorio. Otro poema de Pablo García Baena, inocente, romántico, inspirado en el recuerdo remoto de una visión inicial que tuvo el poeta-niño de unos antiguos dibujos del artista. A nuestros oídos acude luego un tercer poema cristalino, de José Luis Cano, en donde evoca la magia, la irradiación y la hermandad lírica de Gregorio Prieto. Esta es la música susurrante, el preludio melódico que presagia la fiesta paradisíaca de una Poesía inaudita, inaudible, óptica, de las líneas impecables. Mas he aquí que en esta segunda edición del libro se suman dos poetas más. Los nombrados, con la carta de Aleixandre, figuraban también en la edición de «Adonais». Ahora, en la iniciativa de «Ediciones Orbe», se incluyen las voces de Rafael Morales y del poeta catalán Josép María Lopez i Picó. Morales fía a la metáfora su brindis entusiasta en el que entona un canto al pincel milagroso de Gregorio, haciendo innúmeros juegos conceptuales con las propias imágenes, hasta llamar «domador de silencios y colores» y «capitán de la luz y el sentimiento» al artista. Por fin, el madrigal de Lopez i Picó, «Salutación de Homenaje a

G. P.», escrito en catalán, del que sólo podemos decir que es muy pequeño, gracioso y bello. Esta es toda la parte primera del libro, la parte verbal que inicia en el ánimo una dulce predisposición para la aventura de los ojos. Veamos la segunda parte.

* * *

Crítica.

En los dibujos de Gregorio Prieto sería exorbitado querer buscar y fijar líneas de relación, influencias o puntos vitales de una inspiración plástica. Es evidente que la forma, al pasar a través del trazo para su expresión definitiva, brota con una naturalidad muy suya, muy de Gregorio, muy del arte griego. Mas en esto hay que establecer una neta diferenciación: la estatuaria, el canon-carne de los griegos, se vierte más bien como concepto en lo morfológico; mientras que la invención lineal halla su paternidad—no siempre directa—en los vasos. Resultado de semejante consideración es que los dibujos, tan peculiares, del artista no son nunca «calcados» de lo griego, no son hijos de Apeles, Parrasios o Xeucis, como en cambio acontece con la lineación picassiana. De aquí, una mayor fuerza plástica en las concreciones de Pablo Ruiz Picasso, en contraposición al sentido más incierto, más tembloroso, pero más humano y cálido de Gregorio Prieto. Sin que dicha aproximación de valores

haya de ser tomada en ningún sentido jerárquico, pues la exigüidad de la distancia en el tiempo no nos permite sentar afirmaciones de esa categoría, no podemos por menos de completar el paralelo con un tercer nombre: Georges Braque. Y he aquí cómo, para facilitar, nos es lícito establecer valores relativos—muy relativos—para estas tres formas de expresión del mundo pegada al desenvolverse de la línea, más o menos invadente y contagiosa: Picasso, indudablemente, es el número, el peso, la materia, el dominio; Braque será la música, el ritmo (en Braque jamás se pierde el ápice ni la raíz de un rasgo), la cultura, cultura que lleva en pos de sí, y a diferencia de los otros dos artistas, un mundo literario firmemente arraigado en una nacionalidad y una época concretas; Gregorio Prieto, por fin, es el vuelo, el toque efímero, el temblor del alma, la ambigüedad de dos, tres, cinco deseos líricos que se sobrepujan en esencias carnales. Y si hemos hablado de estas tres formas de la línea moderna entroncada en lo clásico, y en ella hemos adscrito a Gregorio Prieto, no es ésta su sola y única forma de sentir, pues he aquí que una oleada de sentimentalismo nostálgico netamente occidental, un vaho o ensoñación romántica, un delicado lenguaje antes retórico, antes lírico, antes antológico, antes poetizante, que poético—entendámonos bien—, una oleada, como veníamos diciendo, de algo más Poe que Milton, más Baudelaire que Rabelais o Racine, viene a cosechar todo este gran ramillete de mieses helénicas, pero no para aminorar el dorado fruto, sino para animarlo, glorificarlo y cubrir las maduras espigas y los torsos de mármoles calientes con especies tan delicadas y amorosas como pensamientos, tortolillas, mariposas, cirios, hojas, ojos y «tactos» de origen no sabemos si físico o psíquico, que se traducen en la obsesión que el pintor poeta siente por las manos. Manos, homenajes de manos, caricias de manos, en un simulacro artístico, vehemente, hacia aquel Parnaso de donde bien puede decirse surgieron los mayores poetas del occidente. Y en esto podemos atisbar, más que una consistencia, una herencia poética, que no creemos deba blandirse como incensario a la pureza de unas líneas plásticas que pueden vivir de por sí. Cabe, pues, hacer literatura y hablar de poesía, al rozar la obra de este artista; pero, siempre que esto se haga, convendría efectuarlo con los debidos reparos, si no...

* * *

APÉNDICE.

«¡Ah, conocer la pesarosidad de la belleza!», lamenta el cantor que ha visto los dibujos... ¿Tendré que recordar a Rilke en estos momentos de semi-enajenación, en que al pronunciar la palabra *belleza* nos asalta un enfermo e inconsciente temblor como de defensa, de miedo, de duda? «Porque bello no es más que el comienzo de lo terrible», éstas son las palabras de aquel que cree que la belleza es el grado hasta que podemos soportar y que deseamos tanto, porque «como al desgaire, desdeña aniquilarnos». ¡Todo ángel es terrible! O como dice Paul Valéry, otro rebelde a la inspiración, «la belleza es lo que desespera». ¿Vienen más a cuento esas estridentes confesiones que cuando se habla de la estética terrible de Gregorio Prieto? Lo digo porque la belleza de estos dibujos seduce de un modo inverso, como por un lado de su misma cara, atrayéndonos como en los engaños del amor. Son líneas de belleza, diríamos irracionales, si nos atenemos a otro concepto menos transcendente de belleza. Estos dibujos, hasta cierto punto, no pueden ser contemplados por niños, quiero decir, por personas aunque sensibles, sin pleno conocimiento. Me refiero a un conocimiento peligroso, artístico y pagano al mismo tiempo, de preponderancia amorosa, estética, lírica. En la prosa antes aludida de Aleixandre me placen aquellas frases ricas de intuición, y en cierto modo empíricas, que se refieren al camino, digamos ahora angélico y clásico, de la belleza de esos dibujos: «Tú has visto las soleadas presencias clásicas como un dolor

o belleza y el deshacimiento de la hermosura ha sido sobrecogido en tu arte y ha quedado, en su inminencia, como suspenso. Es como la hermosura que no puede durar... y que no se termina». Esta última idea no puede ser más quimérica y libre. Habla de un dolor sin duda sangriento, de una vibración casi muriente y febril que estalla en la belleza impoluta, recia y sin negruras. ¿Se puede concebir una belleza en todo su loco y ebrio resurgir, ya tranquila como una ola paralizada en el furibundo torbellino de las aguas? ¡Oh la belleza! ¿Qué es? No se puede hablar de ella si no es nombrándola, y no creo que exista un rapto, como un espíritu o soplo divino. Y, sin embargo, hay una mano decidida, la de Gregorio Prieto, a renacernos la belleza de las líneas griegas, puras, electrizantes. Conozco una notable, tal vez excesiva frase de Winkelman, que dice: «Hablando en rigor, puede decirse que es sólo un momento aquel en que es bella la persona bella.» ¡Oh sí! Es un estado fugaz, milagroso, el de la belleza en este mundo. Es, pues, en estos papeles, en estas páginas una alegría constante la contemplación de tales dibujos. Y éste es el pecado de Gregorio, el pecado de su obra aquí expuesta, el de una belleza encadenada a su propio tiempo y destino, sin espacio, sin mancha, fija y quieta, como un alma imaginaria, como un espejo de sí misma. ¡Esto es Narciso! Aquí hay mucha calma aparente, pero ¿quién no ve la ferocidad? Quiero decir la pasión, un calor enorme, evidente. Comienzo por admirar la fuerza de esos trazos firmes, irrevocables, llenos de una extraña predestinación para alcanzar un punto máximo, tanto en la técnica como en el sentimiento. El lápiz de Gregorio es mudo, el papel sobre el cual trabaja es blanco y frío, el mundo es pequeño y lejano, sólo una culminación amante, una cenital dulzura, un espejismo o resplandor ideal abarca el espíritu de este hombre y el lápiz traspasa un dibujo intacto al papel, mientras el mundo del hombre Gregorio domina la realidad helada de las cosas. Y entonces, la belleza, al cabo, habita súbita en el lenguaje patético de su obra. En el dibujo «El Beso» se reconoce esa terrible emotividad, mensajera de un alto sueño; asimismo se reconoce en los «Angeles marineros». En «Pies alados», en «Brigite», en «Inocencia», se augura la dulce epifanía de un pensamiento únicamente dibujístico, una idea inideable, cuyo verdadero cuerpo es la expresión en líneas sonoras y luminosas. Sin embargo, insisto (ahora estoy cantando) en que una especie de terror acosa la contemplación en estas interpretaciones máximas de la belleza, concretadas en un también supremo dibujo. Quizás una atmósfera mórbida brinda esta belleza, quizás una insinuación carnal, algo mágica, algo fatídica. De todos modos veo, y esto podrá pa-

recer inadmisible (estúpido), que una belleza en este trance es, en el sentido de la armonía, un *escándalo*, como es un escándalo la música, no sólo la de los músicos, sino también la de las Esferas. Podría hacerme comprender mejor con una conocida frase de Bacón, que afirma que «en toda belleza hay siempre cierta proporción exagerada».

Uno a uno, contemplados sean los dibujos de este libro, con el silencio más grande. El lirismo que hay en ellos, ¿qué clase de lirismo es? Es el lirismo del alma de Gregorio, ese alto, fantástico, invencible afán de un sueño inacabado. Se comprende que la técnica sea uniforme, única, mas de la plástica magnífica, del trabajo maestro brota la poesía maravilladamente y en una misma sazón. Y de aquí, de esta belleza, es de donde nace el concepto de poeta en Gregorio, de donde nace la particularidad del impulso poético en Gregorio, encontrado precisamente en esa trasminación de irrealidad, de pureza, de ritmo. Pues si, como aseguraba Poe, la Belleza es la única provincia legítima del poema, estos dibujos son poemas, serán poemas, pues hasta se ha terminado llamándolos «poesía en línea». Pero, ahora digo yo, ¿acaso la pintura no se llamó ya «poesía silenciosa» y la poesía «pintura oral»? Según Emerson: Las leyes de cada una de las artes son convertibles en las de las demás.

Carlos Edmundo de Ory.
Reina Victoria, 37.
MADRID (España).